

Palabras de presentación de la novela *Lucía Jerez*, José Martí.

Por: Mauricio Núñez Rodríguez

Este encuentro forma parte de las actividades que el Centro de Estudios Martianos ha organizado a propósito del aniversario 140 de la llegada de José Martí a Guatemala. En mayo pasado, en el congreso internacional que la institución organiza cada año, se dedicó un panel, organizado por la colega Mayra Beatriz Martínez, a repasar su estancia en Guatemala.

No es menos cierto que Guatemala ocupa un espacio significativo en la vida y obra martianas. Los recuerdos siempre latentes de la estancia de José Martí en este país centroamericano pudieron estar entre los incentivos generadores más importantes en los instantes de la escritura de la novela en 1885 desde la ciudad de Nueva York, publicada con el título de *Amistad funesta* en el periódico *El Latino-americano* y, conocida posteriormente, como *Lucía Jerez* a través de un proyecto de edición inconcluso que pensó su autor.

Y aunque en la narración no se especifica ningún lugar en particular, no es casual que una parte considerable de la crítica considera que es Guatemala el país cuyas características topográficas, culturales, étnicas y naturales fueron recreadas en la narración.

La presencia en la narración del ave nacional guatemalteca, el quetzal, por ejemplo, es uno de los elementos en que se apoyan.

La entrañable estancia guatemalteca de José Martí podría estar en la génesis de más de una de sus creaciones. Además de su poesía, zonas de su creación periodística (y también, como dramaturgo), otras piezas encierran rasgos de sus vivencias por estas cálidas regiones centroamericanas. No es casual, que

la acción en el capítulo III se desarrolle en un espacio rural donde la frecuencia de volcanes es significativa. Se sabe que Guatemala es conocida como una de las regiones más volcánicas de América y del mundo; y las consecuencias devastadoras por la erupción de estos, ya la habían sufrido sus pobladores (y la geografía de la región) en reiteradas ocasiones.

Las ciudades antiguas por donde transitan los personajes pudieran ser una recreación de la ciudad Antigua guatemalteca. No existe otro país latinoamericano —al menos donde Martí haya vivido— que tenga una Ciudad Antigua con semejantes características: ruinas de conventos, iglesias, capillas. Como afirma la crítica cubana Mary Cruz: “Mucho de lo que Martí vio y reflejó de lo guatemalteco tradicional, ya está borrado; pero mucho queda todavía en el escenario imponente de su naturaleza y en los hombres que la habitan”.¹ Incluso, más de un siglo después, cuando se camina por las calles de Antigua Guatemala —a pesar del lógico cambio que genera el paso del tiempo— se corroboran rasgos del entorno recreado por el narrador. Pudiera afirmarse, entonces, que el espíritu de la zona está implícito en este segmento último de la novela.

Hay realidades geográficas que no varían con el transcurso de algo más de un siglo. Me refiero, específicamente, a la presencia volcánica. Es tan propia a esta zona centroamericana que hasta en el momento de caracterizar a los artistas guatemaltecos, en las páginas de su ensayo, utiliza la siguiente imagen, cuando se refiere al poeta José Batres: “El pintó un desierto en

¹ Mary Cruz, “El folclore guatemalteco desde la perspectiva martiana” (inédito). Biblioteca del Centro de Estudios Martianos, p. 23.

estrofas que secan y que queman. Pintó un volcán en versos que levantan y dan brío”.²

Uno de los momentos en que se esclarece con mayor nitidez y amplitud los posibles horizontes guatemaltecos en el discurso novelístico, es el ensayo de la estudiosa cubana Mary Cruz titulado “El folclore guatemalteco desde la perspectiva martiana”.

La autora inicia sus reflexiones afirmando que en la novela “todo el ambiente es guatemalteco; muchos de los personajes, de los escenarios y algunos hechos, también lo son”.³ Más adelante también expresa que su punto de vista está corroborado por “el testimonio de un guatemalteco digno de todo crédito, el escritor Manuel Galich.

Otra arista que aborda Mary Cruz y que está en la novela, incluso, como un elemento estructurador del discurso y como vía de caracterización de personajes, es el árbol y la flor de la magnolia. Sobre ella continúa preguntándose: “¿la magnolia? Claro, claro. Los guatemaltecos de clase media y alta crecían entre magnolias”. [...] “El chocolate, guatemalteco también, por más que se beba en otros lugares de América tanto como allá, porque las ‘tazas de coco’, las ‘tazas de güiro’, con sus trípodes de quetzales y [...] jícaras, diga usted”.⁴

Uno de los requisitos iniciales en el momento del encargo de la novela a Martí consistía en que debía tener un tema latinoamericano. Y que existan datos que orienten a los investigadores a ubicar topográficamente la acción en países como México, Guatemala o Cuba, da la medida de que se logró enmarcar en el contexto de nuestro Continente, es decir, que está recreado el ambiente

² JM: *OCEC*, t. 5, 2009, p. 268.

³ Mary Cruz: *Ob. cit.*, p. 21.

⁴ *Ibidem*, p. 21.

latinoamericano con su multiplicidad de peculiaridades; y en los siete apresurados días en que redactó esta narración, trató de alcanzar una síntesis espacial de todos estos lugares que le impresionaron, que le gustaron y de los cuales guardaba recuerdos entrañables, pero, seguramente, también recreó aristas de aquellos sitios con los que soñó o los que inventó. De esta forma se alcanza una simbiosis de la naturaleza hispanoamericana en ese su momento histórico y geográfico. Es un espacio recreado artísticamente.

Lucía Jerez apareció anteriormente en Guatemala en el año 2001 bajo el sello de la editorial Letra Negra, bajo el cuidado de Armando Rivera y diseño del artista Mauro Osorio.

Esta edición se inicia con las palabras del Embajador cubano en Guatemala, Carlos de Céspedes Piedra, quien ha colaborado estrechamente para la realización de este empeño y que con enorme entusiasmo, no solo respaldó esta idea, sino que la transmitió a su homólogo, el Embajador de Guatemala en Cuba, el señor Héctor Iván Espinoza Farfán, quien rápidamente apadrinó esta idea conjuntamente con todos los trabajadores de la Embajada.

Realmente, el apoyo de los embajadores cubanos en Guatemala y el personal diplomático que ha laborado allá en diferentes etapas, ha sido esencial para materializar numerosos proyectos martianos (congresos, conferencias, ediciones y presentaciones de libros). Algunos de esos Embajadores nos acompañan hoy.

Quiero agradecer entrañablemente a la editorial Cultura del Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala que aceptarán este proyecto como el homenaje nacional por el 140 aniversario de la llegada de Martí a Guatemala. Y, en especial, a su director el señor Francisco Morales Santos y al equipo que

lo acompaña (los editores: Tania Vargas y Miguel Ángel Guzmán y al diseñador: Martín Díaz Valdés) por brindarle a nuestro continente una edición tan esmerada, original y hermosa.

José Martí es el segundo autor cubano que forma parte del catálogo de la editorial. Antes publicaron un volumen con la *Poesía* de José Joaquín Palma a propósito del Centenario de su muerte. Ana Cintrón de Méndez, la descendiente del patriota bayamés, también ha estado muy pendiente de la realización de la edición de la novela y de sus presentaciones. No ha podido estar con nosotros, pero nuestra admiración para su labor en la Asociación Cultural “José Martí” de Guatemala que ha logrado impulsar proyectos tan importantes como la escultura monumental de José Martí que se encuentra en la avenida de las Américas de Guatemala realizada por el escultor cubano Andrés González muy cerca de la sede de la Embajada de Cuba. Un macroproyecto que parecía muy lejano, pero gracias a su tesón en aunar voluntades de varias instituciones fue posible.

Francisco Morales comentaba que desde hace años tenía pensado viajar a Cuba, pero por diferentes razones nunca fue posible. Es un honor que esté con nosotros y que sea a través de la energía y la luz que emerge del legado martiano.

Muchas gracias a todos por acompañarnos esta tarde.

(26-octubre-2017)